

tuviera lugar cuando el Gobierno establece Escuelas gratuitas, i que la Normal produce maestros idóneos que cargan con la obligacion de enseñar por cierto número de años. Yo no dudo que los jóvenes institutores, educados especialmente para la carrera de la enseñanza, corresponderán a los fines de la institucion ; pero el vacío siempre es inmenso, i los maestros no alcanzan a llenar las necesidades ; al presente solo se educa uno por cada ocho niños, los cuales no gozan del beneficio de la instruccion ; i si los *Hermanos de las Escuelas cristianas* se establecieran en nuestro suelo, entónces el celo, no solo del Gobierno sino de todos los que aman la instruccion popular, encontraria cooperadores decididos que, sin mas mira que el bien de la juventud i de la sociedad, tomarian sobre sus hombros la tarea de la enseñanza solo por la gloria de Dios i la felicidad del pobre.

¡Que veamos, pues, cuanto ántes entre nosotros a los hijos del venerable La Salle, enseñando al pueblo la Moral i la Relijion ante todo, i al mismo tiempo instruyéndolo en todos los ramos que le son necesarios para su felicidad social! ¡Que los hijos del proletario se consideren felices, viendo satisfechas completamente sus necesidades ; que no solo divisen a la Hermana de la caridad aliviando sus dolencias, a la del Buen Pastor reformando sus extravíos, a la de la Providencia amparándolo en su horfandad ; sino que vean tambien al virtuoso compañero de su niñez, al relijioso desinteresado, a ese buen *Hermano*, a su maestro de Escuela, que le dará corazon, vida i felicidad! Su maestro será el delirio de su alma ; i en cualquier estado i circunstancias en que mas tarde se encuentre, el maestro será siempre su consultor, su guia i su salva-guardia. Dad, señores, buenos maestros a los hijos del pueblo, i serán sumisos a la Autoridad i las leyes ; educadlos en los sanos principios de la Relijion i Moral, i no serán entónces ciegos instrumentos de miras siniestras i mezquinas, sino hombres de dignidad i ciudadanos virtuosos i obedientes.



**RELIJION CRISTIANA.** *La prueba mas patente de su divinidad, es la resurreccion de Jesu-Cristo.—Memoria de prueba del Presbítero don Domingo Benigno Cruz en su exámen para optar al grado de Licenciado en Teología, leída el 25 de noviembre de 1859.*

Señores :—El destino de la verdad, i especialmente de la verdad relijiosa, es ser siempre combatida i disputar el terreno palmo a palmo con el error. No hai un principio católico, desde las mas sencillas nociones sobre la existencia de Dios i el destino del hombre que nos son inspiradas

por la simple razon, hasta las mas sublimes verdades enseñadas por la revelacion, como la presencia real de Jesu-Cristo en la Eucaristía i la Trinidad inefable, que no haya tenido acalorados i numerosos impugnadores ; i estos tambien, jamás han dejado de encontrar decididos i fieles seguidores. Sin embargo, la verdad brilla siempre lo bastante para que todo hombre de buena fé la reconozca entre la muchedumbre de los errores i la abraza con confianza, i perpétuamente será cierta la sagrada palabra del Evangelio, de que Jesu-Cristo es la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo: *erat lux vera quæ illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum*. Notad, señores, que así como la luz no necesita mas que ser vista para ser reconocida, así, segun el pensamiento del Santo Evangelio, Jesu-Cristo no necesita sino ser conocido para ser adorado. I esta ha sido, i es realmente para todo hombre de corazon sincero, la demostracion mas evidente de la divinidad de nuestra Religión ; el mundo entero la ha reconocido, i despues que fué elevado de la tierra Jesu-Cristo, segun su palabra, ha traído tras de sí a todas las cosas.

En efecto, al ver aparecer en medio del caos de los errores de los Epicureos i Estoicos una doctrina tan sencilla i tan pura ; al considerar en aquel siglo, oprobio de la humanidad por sus desórdenes, a un hombre cuya virtud acrisolada i pureza inviolable como la mas cercana idea que podemos formarnos de la divinidad ; al verlo, en fin, atacando i combatiendo todas las pasiones sin ayudarse de ninguna i triunfando de todas ellas ; i someter a su lei las mas indomables resistencias ; no puede el hombre, sin abjurar su razon, dejar de conocer que el linaje de Adan no puede por sí solo haber dado a luz un personaje de tal carácter, i que él es la imájen de la gloria del Padre i el resplandor de su sustancia.

Así, pues, basta fijar la vista en Jesu-Cristo para quedar convencido de su divinidad ; i basta examinar los hechos de su vida i de su afrentosa muerte, para confesar que no puede ser sino un Dios. No obstante, esta demostracion, aunque victoriosa, no es tan perceptible a los ojos de un gran número de personas que no han leído el Evangelio, como las pruebas de hecho : aquellas que sin necesidad de averiguar mas que su existencia, confirman a no dejar duda la mision divina de un personaje. Estas pruebas tampoco nos hacen falta, i tienen, señores, la ventaja de que no se necesita para su verificacion aglomerar una série de racionios, i de que la intelijencia mas mediocre puede conocer su verdad. De estas pruebas, quizá la mas sencilla i al mismo tiempo la mas convincente, es la Resurreccion de Jesu-Cristo de entre los muertos. El mismo Salvador apeló a ella cuando dijo a los Judios : esta jeneracion busca una señal, i no le será dada otra que la de Jonás profeta ; porque así como Jonás estuvo tres dias en el vientre del monstruo, así el Hijo del Hombre estará tres dias i tres noches en el seno de la tierra (Math

XII). Por esta razon, no he vacilado en presentaros esta prueba como una de las mas luminosas del Cristianismo, i en ocupar vuestra atencion exhibiéndoo uno de los títulos mas brillantes que tiene nuestra Reli-  
 jion para verificar su oríjen del cielo. Esta demostracion no exige largos ni profundos discursos para ser comprendida. No se trata sino de investigar la existencia de un hecho; i no hai persona que con un poco de perspicacia i atencion no pueda conocer si los testigos quieren engañar o si hablan con la sinceridad de su conciencia. Así, vamos únicamente a certificarnos de la veracidad o del engaño de los testigos de la Resurreccion, i procederemos del mismo modo que si fuéramos a averiguar algun hecho de la vida de Alejandro o de Augusto. Me permitireis no usar, o mejor dicho, no exijireis de mí los adornos de la oratoria. Ni la materia los suministra, ni se necesitan cuando se va solo a ver si ha sucedido o no algun acontecimiento.

## I.

¿Ha resucitado Jesu-Cristo de entre los muertos? Despues de haber sido rigorosamente crucificado ¿sufrió su cuerpo la suerte de los cadáveres de los demas mortales, o volvió a aparecer vivo i glorioso para testificar su divinidad? Hé aquí una cuestion que ha resuelto afirmativamente la fé firme e incontestable de diez i nueve siglos, i que ha sido creida, no solo por la Iglesia Católica, sino por todas las fracciones separadas que retienen el título de cristianas; i hé aquí tambien la primera prueba del hecho de la Resurreccion. En efecto, la tradicion constante i la fé pública de la Iglesia cristiana, es una atestacion de tal valor, que no puede dejar de producir la certidumbre. Entremos, pues, en el desarrollo de esta prueba.

Demasiado cercanos están de nosotros los tiempos modernos, i tenemos bastantes documentos para demostrar que esta creencia ha sido universal desde el momento en que la Iglesia pudo respirar despues de las persecuciones de los primeros siglos, que no creo necesario demorarme en hacer ver lo que está al alcance de todos. Pero ya desde los primeros tiempos, una fiesta solemne i tan antigua como el cristianismo, es un monumento auténtico de la Resurreccion: la solemnidad del Domingo i la celebracion de la Pascua en memoria de ella. A mediados del segundo siglo se suscitó en la Iglesia una disputa sobre el dia en que esta fiesta debia celebrarse. Las Iglesias de Oriente decian que San-Juan les habia enseñado que debian celebrar la Pascua el mismo dia que los judios, es decir, el dia 14 de la luna de marzo. La Iglesia de Roma i las de Occidente se fundaban en la autoridad de San-Pedro, para trasladar la Pascua cristiana al Domingo que seguia al dia de la Pascua judáica. La práctica de la Iglesia de Roma ha prevalecido; i el Papa S. Víctor de-

ció la cuestion, ordenando la celebracion de esta festividad en la Dominica siguiente al plenilunio de la luna de marzo. Esta disputa, que duró largo tiempo i que por una i otra parte tuvo numerosos defensores, prueba evidentemente que la creencia de la Resurreccion de Jesu-Cristo ha sido universal en la Iglesia, i que siempre ha sido considerada como una de las verdades fundamentales de la doctrina i del culto.

La celebracion del Domingo desde los primeros tiempos del cristianismo, es tambien un argumento invencible de la creencia de la primitiva iglesia en la Resurreccion. Es mui sabido que los cristianos (quizá por encargo del mismo Salvador), en memoria de la Resurreccion, trasladaron la celebracion del sábadó judáico al primer dia de la semana, que corresponde al dia del Sol de los jentiles o al actual Domingo. *El dia del Sol*, dice San-Justino en su apolojía en favor de los cristianos, *todos los que habitan en la ciudad o en el campo, se reunen en un mismo sitio, i allí se leen los escritos de los Apóstoles i de los Profetas todo el tiempo que se puede*. Mas, aun en el siglo apostólico se habia ya hecho esta traslacion de la festividad del sábadó, i de ello da una prueba bastante aquel pasaje de San-Pablo a los Corintios (I. cap. XVI. v. 2.) *Per unam sabbati unusquisque vestrum apud se seponat, recondens quod ei bené placuerit*. I tambien el pasaje del cap. 1. ° del Apocalipsis, que no creo necesario reproducir por bastar el anterior. Ahora bien; esta fé universal de tantos pueblos diversos i desconocidos entre sí, es bastante imponente, i tanto mas, cuanto nos acercamos a su oríjen; porque ¿en qué otro apoyo pudo fundar su fe la primera jeneracion que la creyó, sino en la verdad reconocida del hecho de la Resurreccion?

Si se tratara de una de aquellas creencias vulgares, vagas e indefinidas, que se trasmiten sin ninguna prueba de su verdad i sin que pueda señalarse el tiempo en que tuvieron su oríjen, ni el modo como se propagaron, tales como las tradiciones paganas sobre la historia de sus Dioses, las de los peruanos sobre el oríjen divino de sus Incas, etc., pudiera entónces rechazarse este argumento fundado en la creencia de millones de hombres. Pero el hecho de la Resurreccion es un suceso que ni aconteció en la oscura noche de los tiempos fabulosos o heróicos, ni que pasó como las visiones de Numa sin tener por testigo mas que al mismo héroe. Cuando sucedió la Resurreccion, el mundo europeo estaba en su mayor parte civilizado; aconteció en una gran ciudad, en medio de los enemigos del mismo principal personaje (notad bien esta circunstancia, que quizá no se encuentra tan clara en ningun hecho de la historia), que podian o debian certificarse de la verdad del suceso, i que en caso de no ser cierto habrian publicado tambien por todo el Universo la insolente audacia de los propagadores de una falsedad tan notable. Los romanos se habian hecho dueños de Jerusalem, i la universalidad de la lengua latina os hace concebir, cuán fácil hubiera sido desengañar al Universo si hubiera sido la

víctima de una impostura. I no se diga que se trataba de un punto de poca importancia, i sobre el que hubieran podido permanecer los judios indiferentes e impasibles. Se trataba nada ménos que de culparlos del mas horrendo delito que haya manchado la tierra, ni que pueda concebir el pensamiento del hombre: de acusarlos de *Deicidio*. Si Jesu-Cristo habia resucitado, si era un Dios, los Fariseos i los Sacerdotes, las clases mas influyentes del pueblo hebreo, quedaban cubiertos de eterna ignominia; i Poncio-Pilato, el que dió la autorizacion para cometer tan horrible crimen, como un magistrado indigno que habia tenido la inhabilidad de entregar al inocente por excelencia, a que sufriese el último castigo. Ellos lo sabian mui bien; no ignoraban que un número increíble de adeptos se iba alistando cada dia en las banderas de aquella nueva creencia para ellos tan aborrecible; lo sabian, i sin embargo dejaron pacíficamente establecer aquella doctrina, i nada dijeron para desmentir este hecho; i los que no habian sufrido que se les tratase de hipócritas i soberbios en el recinto de Jerusalem, sufren ahora que en el Mundo entero i que por todas las Naciones, se les infame como *deicidas*. I no se puede decir que se perdiesen los libros que escribieron para demostrar la impostura: pues aun nos quedan las obras de Celso, las de Porfirio i de otros escritores cercanos a aquellos tiempos, que recojieron todas las objeciones de los Judios i de los Paganos de los tiempos primitivos. Nos quedan las obras de Josefo, Flavio, i las de los Filon, filósofos hebreos. En ninguna parte vemos que desmientan este hecho tan brillante, dando algunas pruebas de su falsedad. A lo mas, se limitan a repetir la pueril i ridícula fábula del rapto del cuerpo del Salvador por los discípulos mientras dormian los guardas, o a atribuir la Resurreccion, así como los demas milagros de Cristo, a la májia i al poder de Belzebú.

Por otra parte, el pueblo que abrazaba la creencia en la Resurreccion, no podia hacerlo sin examinar diligentemente los hechos i sin haber desvanecido previamente hasta la menor sombra de sospecha de ficcion en este suceso. Si se hubiera tratado de un punto histórico o literario, en hora buena, pudiéramos, si se quiere (aunque con poca probabilidad), suponer precipitacion o falta de suficiente exámen en un millon de hombres que adoptan una creencia. Pero cuando se relacionan con ella intereses de la mas alta importancia, cuando el admitir aquella opinion o fe, va a acarrear un cambio en el jénero de vida, va a imponernos deberes penosos i perpétuos, cuando va a enemistarnos con nuestros hermanos i padres, a hacernos objeto del ódio de la autoridad civil, a atraernos, en fin, peligros sérios, demasiado sérios, i quizá la misma muerte; entónces, digo, que los hombres no pueden determinarse a abrazar esa creencia sin datos seguros, sin alejar hasta el menor temor de engañarse, i sin que *casi palpen*, diré así, la evidencia de los hechos. Creerlos sometiéndose a una doctrina de esta clase, sin exámen, sin averi-

guar los hechos, es suponer al jénero humano atacado de un frenético delirio, es creer que la razon humana huyó a un tiempo de todas las cabezas i las dejó abandonadas al error i a la desgracia, i que los únicos libres de aquella locura i que podian curar a todos haciendo conocer el error (los Fariseos, los Sacerdotes i hasta los Sábios paganos) se quedaron silenciosos i tranquilos, contemplando aquel frenesí sin despegar siquiera los lábios para defender su reputacion. Semejantes absurdos son mas increíbles que el mayor de los milagros, que la Resurreccion de Jesu-Cristo i que la resurreccion de un millon de hombres (porque, señores, yo la creeria, si se me presentase apoyada en tan brillantes testimonios); seria, en suma, trocar la fé por la mas absurda obstinacion. No; el mundo entero civilizado creyó en la Resurreccion de Jesu-Cristo, i la creyó cuando tenia tantos interesados en que se descubriese la falsedad del hecho, i creyó este para no abjurar esa creencia hasta nuestros dias. Luego la Resurreccion es verdadera, i la fé de todas esas jeneraciones, i especialmente de las primeras, forma un testimonio de un peso tal, como no se presenta ningun otro en la historia de todos los siglos.

Hé aquí brevemente expuesta la primera prueba de la Resurreccion del Salvador, la creencia unánime de todo el cristianismo, que creo no seria desechada tratándose de cualquier acto de ménos importancia. Aquí tambien pudiera dar yo por suficientemente probado el hecho en cuestion; i en conformidad con todos los códigos que admiten como suficiente prueba la pública voz i fama, podria contentarme con las anteriores reflexiones i declarar como una verdad incuestionable la Resurreccion de Jesu-Cristo. Sin embargo, descenderé a mas detalles i me permitiréis exponer a vuestra vista las partes de este importante proceso.

## II.

Despues de haber estado pendiente Jesus por tres horas de la Cruz, debia, segun la costumbre de los judíos con los sentenciados a este jénero de suplicio, concluir su vida quebrantándole los huesos de las piernas. Sin embargo, no fué preciso este último acto de crueldad; los soldados encargados de ejecutarlo encontraron muerto al Divino Crucificado, i quizá les repugnó el enzañarse en un cadáver; mas, uno de ellos, sea efecto de una organizacion feroz, o sea que quisiese asegurarse completamente de si habia dejado de existir, dirijió su lanza al costado del Crucificado, i lo traspasó abriendo en él una ancha i profunda herida. Ambas circunstancias no obstante, como lo hace notar el Evanjelista San Juan, sirvieron para cumplir las profecías i para significar grandes misterios; pero ambas tambien (el no haber creído necesario quebrantarle las piernas, i el haberle traspasado el costado con una lanza,) dan una prueba evi-

dente de su muerte, i quitan hasta la menor duda de que pudiera haber sido ésta solo aparente, o un síncope producido por la falta de la sangre. Pero hai mas todavía: pocas horas despues, un noble judío, José de Arimatea, discípulo oculto de Jesus, no queriendo que el cadáver del Salvador sufriese la ignominiosa suerte del de los otros sentenciados a muerte, se dirijió a Pilatos, sin cuyo consentimiento no podia disponerse del cuerpo de los ajusticiados, i le pidió el de Jesus para enterrarlo en un sepulcro nuevo de su propiedad. El Gobernador romano se maravilló grandemente de que ya hubiera muerto Jesus, i temiendo quizá algun engaño en aquella peticion, llamó al centurion i no concedió el permiso pedido por José hasta que el capitan romano le hubo certificado de la verdad del hecho.

Parece, pues, que la Providencia hubiese querido quitar hasta el menor pretesto para dudar de la certidumbre de la muerte de Jesus, i que dispuso que judíos i romanos diesen testimonio de ella; i solo el espíritu de sistema, i casi de ceguedad, ha podido hacer que el doctor Paulus i algunos otros alemanes hayan puesto en duda la realidad de esta muerte.

Mas, continuemos la simple exposicion de los hechos, i veremos siempre como Dios se valió de sus mismos enemigos para asegurar mas la verdad de los efectos de su poder—Los Príncipes de los Sacerdotes i los Fariseos, sabedores de la inhumacion de Jesus, fueron a su vez donde Pilatos i le dijeron: «ahora nos acordamos que aquel impostor prometió resucitar a los tres dias despues de su muerte, i es preciso tomar todas las precauciones para que sus seguidores no vayan a querer acreditar esta impostura, robando el cadáver o cometiendo algun otro engaño de esta especie, i cuya consecuencia sea imbuir al pueblo en un error incurable.» Pilatos entró completamente en las miras de los sacerdotes judíos, i les dijo que dispusiesen de los soldados de la cohorte que guardaba el Templo, i que con ellos custodiasen el sepulcro. Asi lo hicieron; i para mas seguridad, pusieron el sello público sobre las junturas de la loza que cubria la entrada del monumento.

Mirad ahora, si es posible tomar mas precauciones para impedir un fraude; i creo mui bien que, si Voltaire, Strauss i los mas ardientes adversarios de la Resurreccion de Jesu-Cristo, hubiesen vivido en aquel tiempo i se les hubiese encargado el prevenir este engaño, no habrian procedido con mas tino i prudencia humana que los Escribas i Fariseos. Fuerza es, pues, convenir en que si hubiera habido algun fraude, los enemigos de Jesus no pudieran atribuirlo a descuido suyo a o falta de advertencia.

Mas, ¿qué es lo que sucedió despues de esto? Al rayar el alba del dia despues del sábado, hubo un gran terremoto, i el Anjel del Señor apareció sobre la piedra del sepulcro, que fué violentamente separada; los guardas se quedaron como muertos de temor; mas, luego recobrados, fue-

ron a dar noticia a los Sacerdotes i Escribas de que el cuerpo no se encontraba en el sepulcro. Pero despues se hizo una Junta de los nobles judíos, i de ella salieron los soldados publicando que los discípulos de Jesus habian venido i que durante su sueño habian robado el cuerpo de su Maestro. Mas, el negocio no se llevó mas adelante por parte de los hebreos, i no pensaron jamás en intentar un proceso a los violadores de un sepulcro custodiado por la autoridad pública.

Los discípulos de Jesus por su parte, i en el mismo dia, comenzaron a proclamar por todas partes que habian visto a su Maestro resucitado. Primero, las mujeres de Galilea i Maria Magdalena, despues Juan i Pedro, i en seguida todos los once dijeron que lo habian visto, hablado i tocado. Contaron varias apariciones sucedidas ya, delante de uno o dos, o en presencia de muchos, a diversas horas i con variadas circunstancias. Por fin, aseguraron que mas de quinientas personas lo habian visto al pié de la montaña del Tabor, desde donde subió al cielo. Todos ellos sostuvieron este mismo testimonio durante toda su vida, i la mayor parte de ellos sufrieron cruel muerte por confirmar la verdad de lo que habian atestiguado.

Aquí teneis las dos deposiciones o testificaciones acerca de este hecho ; veamos ahora a cuál debemos prestar nuestra fé.

### III.

No se necesita examinar mucho tiempo la primera, para conocer su poco peso i que flaquea en su esecia, pues no solo le falta la verosimilitud sino que se contradice asi misma. I en efecto, un hombre dormido puede dar testimonio de lo que pasó durante su sueño? En qué Tribunal de justicia se admitiria semejante prueba? Basta enunciar esta observacion, para demostrarla. Por otra parte, si era verdad que estaban convencidos del fraude de los discípulos de Jesus ¿por qué no los buscaron i les hicieron sufrir la misma suerte de su Maestro, principalmente cuando estaban viendo las consecuencias que habia de tener aquel engaño, i cuando ellos mismos habian dicho que la última impostura seria mucho mas funesta e incurable que la primera?

Hai sobre todo un hecho decisivo, i que prueba que los judíos estaban convencidos de la falsedad de la imputacion que hacian a los Apóstoles. Como a los doce dias despues de la Ascension, los Sacerdotes i Escribas, movidos del rumor del pueblo fueron a oír a los Apóstoles i conocieron que estaban hablando de Jesus i *predicando su Resurreccion*, i que ya habian persuadido de ello i convertido a mas de cinco mil personas. Al punto echaron mano sobre ellos, los pusieron bajo buena guardia, i dilataron el juicio para el dia siguiente por ser ya la hora avanzada. Entón-

ces se reunieron al Príncipe de los sacerdotes Anás, Caifás, Jerom, Alejandro i todos los de linaje sacerdotal, e hicieron comparecer en su presencia a los presos de la víspera. Les hicieron repetir lo mismo que les habian oido, i los interrogaron sobre un cojo de nacimiento que acababan de sanar. No habia, pues, mejor ocasion para imponerles un ejemplar castigo, i todos aguardaban verlos salir a sufrir el último suplicio. Mas no sucedió así: en vez de haberlos procesado o de haber advertido al pueblo el crimen de aquellos hombres, se contentaron con amenazarlos que los castigarian si continuaban predicando aquella doctrina, i con imponerles un absoluto silencio sobre todo lo sucedido; i en efecto, habiendo seguido a los Apóstoles en su predicacion, los tomaron de nuevo i los azotaron fuertemente, enviándolos despues en libertad.

Estos hechos, señores, no necesitan de explicaciones ni comentarios. Los mismos hombres que se habian mostrado tan zelosos por el honor de las tradiciones de la Sinagoga, segun decian; aquellos que no habian temido al pueblo; que cinco dias ánte habian recibido en triunfo a Jesus para darle una afrentosa muerte, perdonan ahora a aquellos pobres hombres a quienes conocian por idiotas e iliteratos, i que añadian a los pasados un nuevo crimen, el de violar los sepulcros, que, segun la lei romana que invocaron tambien para condenar a Jesus, se castigaba con el último suplicio. Despues de tantas juntas i de tantos proyectos para aniquilar a Jesus i a todo lo que tocaba a su doctrina, dejan que pacíficamente i en su misma ciudad se predique que es un Dios, i que se crea la fábula de que ha resucitado de entre los muertos por su propia virtud. Esto, digo, no encuentra su explicacion sino en el desaliento que produce el luchar contra la verdad conocida i evidente para todos, i en la imposibilidad de hacer que los hombres, a fuerza de suplicios, se nieguen a seguir el testimonio de sus propios sentidos. Por eso, nunca a Neron se le ocurrió, por ejemplo, mandar bajo pena que no se hablase, i mucho ménos que no se creyese, que él habia muerto a su madre.

Pero vengamos ya al testimonio de los Apóstoles i discípulos del Salvador, i veamos si merece mas fé que el de sus enemigos.

Como ya lo hemos dicho, el número de esos testigos es bastante crecido, i segun San Pablo, pasaban de quinientos los oculares; mas los once Apóstoles, i muchos de los discípulos escojidos, lo vieron, hablaron con él, lo tocaron, i hasta comieron varias ocasiones en su compañía. No se trataba pues de una de aquellas apariciones fantásticas que durante la noche puedan causar alguna ilusion a los sentidos, o atribuirse a los delirios del sueño. Hablar con una persona conocida, interrogarlo, andar con él i recibir sus visitas durante cuarenta dias, son hechos de que puede dar fé el hombre mas sencillo, i sobre los que es imposible que pueda haber ilusion ni aun por pocas horas. No queda pues otro refujio a los enemigos de la Resurreccion que suponer un complot unánime i una con-

juracion entre los discípulos de Jesus para engañar al pueblo, i hacer creer a sus compatriotas i a todo el mundo un hecho inventado por ellos. Pero veamos qué fé merece semejante suposicion.

Siempre que sucede un hecho de esta clase, es decir, una impostura entre varias personas i en materias de importancia, hai alguna razon que las ha incitado a tomar ese partido, sea de utilidad para ellos o su pueblo, o sea por evitar algun mal inminente. I ¿qué es lo que podemos imaginarnos que se propusieran los Apóstoles al inventar la Resurreccion? Su Maestro les habia dicho que moriria a manos de los enemigos de su doctrina, pero que despues resucitaria, i así les presentaba un medio para que ellos mismos se hubieran completamente convencido de su divinidad; pues bien, cuando despues de muerto ven que no ha cumplido su promesa i que es un hombre como los demas, entónces es cuando su fé se hace mas firme, i cuando no bastan los mas refinados suplicios para persuadirlos de lo contrario. Cuando vieron a su Maestro en manos de sus enemigos, i a sí mismos amenazados, pero solo indirectamente, ninguno se atreve a hablar una palabra; i ahora que se ven perseguidos personalmente, ya sin esperanzas de recibir nuevas pruebas de aquella doctrina, i en el momento en que debian sentir el desmayo del remordimiento, entónces no dudan arrostrar las iras de todo el Sanhedrin i de esparcirse por el Universo predicando una mentira. Esto supondria unos hombres criminales i osados que iban guiados quizá por algun poderoso atractivo, por una lucrativa ganancia o esperanza de riquezas, o en busca de elevados puestos, pues esos suelen ser los móviles que impulsan a los hombres a semejantes proyectos contra su conciencia.

I ¿qué esperaban los Apóstoles, de persuadir al mundo la Resurreccion de Jesus? Les podia resultar de aquí a ellos la menor utilidad? Qué obtenian con que el pueblo por donde pasaban creyera que los Príncipes de su nacion habian cometido el crimen de deicidio, i que era un Dios el Maestro que les habia dicho que serian el objeto del odio de todos a causa de su nombre? ¿Gozaron alguna vez, o desearon gozar de alguna preeminencia o descanso, por haber sido los propagadores de aquella doctrina? Si como los discípulos de Mahoma hubieran tenido la esperanza de sujetar a su poder militar numerosas naciones, o si como los de Confucio formaran una raza privilegiada i llena de comodidades, hubiera podido sospecharse en ellos mala fé. Pero, bien sabeis la suerte que les aguardaba i que ellos no trataron de evitar: el suplicio i los tormentos, junto con los desprecios de los sabios i las burlas del populacho.

Es verdad que los hombres pueden a veces entusiasmarse tanto, por una idea o un sentimiento, que no duden hacerle el sacrificio de su vida; tales son los hechos en que abundan las historias, i los rasgos de patriotismo tan comunes entre los griegos i romanos i hasta en nuestras mismas Repúblicas. Pero no se me presentará el ejemplo de un solo hombre

que se haya sacrificado por asegurar que ha visto lo que realmente no ha presenciado, i que con toda calma haya sufrido por esta causa la muerte. Por mas patriotismo que tuvieran nuestros Padres, les habria sido imposible encontrar un hombre que hubiese muerto por sostener que nunca Chile habia sido Colonia española. Luego, cuando muchos centenares de hombres han marchado tranquilamente a la muerte por sostener la existencia de un hecho, ese hecho es cierto i no puede ponerse en duda.

En conclusion, señores, permitidme deducir algunas consecuencias que se derivan de admitir este pretendido complot entre los discípulos de Jesu-Cristo, recopilando lo anterior i agregando algunas observaciones.

Es necesario admitir que doce pobres pescadores lograron imponer al Mundo entero una mentira, i concertar tan bien su plan, que jamás sus enemigos pudieron convencerlos de falsedad ni hallar el lado débil de sus relaciones, i que los grandes jénios que han venido despues tampoco han podido descubrir el engaño, no obstante sus investigaciones i el deseo que han tenido i que tienen todavía de que se descubra en esto alguna falsedad.

Es preciso convenir, en que los Apóstoles eran hombres enteramente despojados del amor a sí mismos, del cuidado de su felicidad, que despreciaron todos los gustos i los placeres de la vida, que se expusieron a la pobreza, a los oprobios, a las persecuciones, a la muerte i a la condenacion eterna; que corrieron con intrepidez a abrazar todo lo mas penoso para la naturaleza humana; i todo esto sin objeto, sin designio, i con un valor que no puede compararse sino al delirio.

Es preciso creer, que esos hombres que antes de la Pasion abandonaron a su Maestro, que lo negaron a pesar de todas las protestas de fidelidad, que no se atrevian a salir al público, viendo que su Maestro los habia engañado, no temieron ir al sepulcro a forzar su entrada, a robar el cuerpo sin temor a la cohorte romana, i que los soldados, o dormian todos profundamente durante toda la operacion, o que no se atrevieron a moverse en presencia de los Apóstoles ni a tomar siquiera a alguno de aquellos atrevidos.

Es necesario decir, que habiéndose resuelto a aquella peligrosa tentativa, se estuvieron entretenidos quitando los lienzos i las vendas al cadáver, i que lo llevaron descubierto para que así pudiera ser ménos visible.

Ademas es fuerza conceder que pasaron toda su vida trabajando por persuadir un error del que tenian conviccion, que sabian que era injurioso a la divinidad, i, sin embargo, todo su empeño era que se tributase a Dios el culto debido, que los hombres fuesen sincera i realmente virtuosos, i que no cesaban de anunciar que los hipócritas i mentirosos sufririan eternos suplicios. Que eran al mismo tiempo ateos i hombres piadosos, ambiciosos i los mas desinteresados de todos.

Es necesario, en fin, decir que trabajaron mas por perder su fama i

reputacion en el mundo, que lo que les habria bastado para tener un renombre inmortal. Que sus sermones i escritos son una refutacion perpetua de su conducta, i que no fundaron su Religion sino para que fuese un monumento eterno de su deshonor.

Luego, pues, si es imposible admitir estos absurdos, es necesario confesar que los Apóstoles decian la verdad, que Jesu-Cristo resucitó de entre los muertos, i que por consiguiente su Religion es divina.

---

**TEXTO DE LECTURA.**—*Informe sobre el titulado Pequeño Plutarco, i su aprobacion.*

Santiago, noviembre 15 de 1859.

Cumpliendo con la comision que Ud. se dignó conferirme, a fin de que examinase el opúsculo titulado *Pequeño Plutarco* e informára sobre si sería o no adoptable para las Bibliotecas populares, paso a exponer lo que sigue :

El *Pequeño Plutarco* no es, como parecería indicarlo su título, un mero compendio de las vidas de los varones ilustres de Grecia i Roma contenidas en la grande obra de Plutarco ; sino que comprende igualmente la biografía de otros muchos personajes notables de la antigüedad. Además, el autor ha dado un lugar en su galería, no solo a los hombres que se han immortalizado por sus virtudes, su talento o sus hazañas, sino que ha incluido tambien a algunos que únicamente se han hecho célebres por sus crímenes i vicios.

El señor don J. B. Suarez ha llenado el objeto que se ha propuesto, al escribir el resumen cuyo exámen se me ha confiado. Los hechos que refiere són exactos i el estilo que emplea es claro i correcto. En una nota puesta al fin ha cuidado de especificar las obras de que se ha servido para la composicion de su trabajo.

Soy de opinion que no hai inconveniente para que el *Pequeño Plutarco* sea aprobado para el uso de las Bibliotecas populares.

Aprovecho esta oportunidad para suscribirme de Ud. su atento i seguro servidor.—*Gregorio Victor Amunátegui.*—Al señor Decano de la Facultad de Humanidades, don Salvador Sanfuentes.

Santiago, noviembre 16 de 1859.

Conforme a lo acordado por el Consejo en sesion del 12 del que rije, a virtud del precedente informe, se declara idóneo para formar